

CARO MALLÉN DE SOTO, ANA (S. XVII)

EL CONDE PARTINUPLÉS

PERSONAJES:

El CONDE

REY de Francia, viejo

ROSAURA, dama

ALDORA, su prima

LISBELLA, dama

GAULÍN, gracioso

ROBERTO de Transilvania

EDUARDO de Escocia

FEDERICO de Polonia

CLAUSO

EMILIO, viejo

GUILLERMO, viejo

ARCEMIO, caballero

Dos PESCADORES

Acompañamiento

JORNADA PRIMERA

Tocan cajas y clarines, y salen, empuñando las espadas, ARCENIO, CLAUSO, y EMILIO, deteniéndolos

ARCENIO:

Sucesor pide el imperio;
dénosle luego, que importa.

EMILIO:

Caballeros, reportad
el furor que os apasiona.

CLAUSO:

Cásese o pierda estos reinos.

EMILIO:

Esperad; razón os sobra.

ARCENIO:

Pues si nos sobra razón,
cásese, o luego deponga
el reino en quien nos gobierne.

EMILIO:

Rosaura es vuestra Señora
natural.

ARCENIO:

Nadie lo niega...
toca al arma.

CLAUSO:

Al arma toca.

*Tocan al arma y salen ROSAURA y ALDORA, y en
viéndola, se turban*

ROSAURA:

Motín injusto, tened...
¿dónde váis?

ARCENIO:

Yo, no...

CLAUSO:

Señora...

ROSAURA:

¿No habláis? ¿no me respondéis?
¿qué es esto? ¿quién os enoja?
¿quién vuestro sosiego inquieta?
¿Quién vuestra paz desazona?
Pues, ¿cómo de mi palacio
el silencio se alborota,
la inmunidad se profana,
la sacra ley se derroga?
¿Qué es esto, vasallos míos?
¿Hay acaso en nuestras costas
enemigos? ¿Han venido

de Persia bárbaras tropas
a perturbar nuestra paz,
envidiosos de mis glorias?
Decidme qué es; porque yo,
atrevida y fervorosa,
con vosotros, imitando
las ilustres amazonas,
saldré a defender, valiente,
de estos reinos la corona,
y aún ofreceré la vida
con resolución heroica,
porque vosotros gocéis
la parte que en esa os toca,
pacíficos y contentos.
No hagáis, por mi amor,
ociosa la razón de vuestro enojo,
en el silencio que estorba
en mi atención el informe;
hablad.

ARCENIO:
¡Qué cuerda!

EMILIO:
¡Qué hermosa!

ROSAURA:
No me neguéis la ocasión
del disgusto.

ARCENIO:
Gran Señora,
bellísima emperatriz,
nuestro delito perdona;
que tú sola eres la causa.

ROSAURA:
Sea agravio, sea lisonja
de vuestro amor, el ser yo,
vasallos, la causa sola;
pues está mi confianza
de vuestra lealtad heroica
satisfecha felizmente,
advertid que se malogra
la intención mientras la ignoro;
responded.

EMILIO:

Rosaura hermosa,
yo diré a lo que han venido;
perdonad y oye, Señora.
Ya sabéis la obligación
con que de estos reinos gozas,
y que por ella es preciso
tomar estado. No ignoras
tampoco que te ha pedido
tu imperio que te dispongas
a casarte, y te ha propuesto
el príncipe de Polonia,
el de Chipre y Transilvania,
Inglaterra y Escocia.
Cásate, pues que no es justo
que dejes pasar la aurora
de tu edad tierna, aguardando
de que de tu sol se ponga.
Ésta es inolvidable ley,
y en tus años tan costosa,
que, a no de ejecutarla, dicen
que habías de ver tu corona
dividida en varios bandos,
y arriesgada tu persona.
Elige esposo, primero,
que la fe jurada rompa;
porque, de no hacerlo así,
tu majestad se disponga
a defenderse de un vulgo,
conspirado en causa propia.
Yo te aconsejo, yo, justo;
tú, emperatriz, mira ahora
si te importa el libre estado,
o si el casarte te importa.

ROSAURA:

(No sé cómo responderle; Aparte
tanto el enojo me ahoga,
que están bebiendo los ojos
del corazón la ponzoña.
¡Hay tan grande atrevimiento!
¡Hay locura tan impropia!
¡Que éstos mi decoro ofendan!
¡Que así a mi valor se opongan!
pero no tiene remedio;

porque si las armas toman,
y quieren negar, ingratos,
la obediencia y la corona...
¿Cómo puedo? ¿cómo puedo,
siendo muchos y yo sola,
defenderme? y no les falta
razón) ¡Ay querida Aldora,
si yo te hubiera creído!
¿qué haré?

ALDORA:

Responde amorosa
que un año te den de plazo,
y que si al fin dél no tomas
estado, les das licencia
para que el reino dispongan
a su elección.

ROSAURA:

(¡Ah vasallos! Aparte
si sois traidores, ¿qué importa
rendiros con beneficios
ni obligaros con lisonjas?)

EMILIO:

Gran Señora, ¿qué respondes?

ROSAURA:

Agradecida y dudosa
del afecto y la elección,
me detuve, mas agora
quiero que escuchéis, vasallos,
porque os quiero hacer notoria
la causa que ha tanto tiempo,
que mis designios estorba.

Ya sabéis que este imperio,
generoso esplendor del hemisferio,
obedeció por dueño soberano
al insigne Aureliano
mi padre, y que fue herencia
de su real y antigua descendencia.
También sabréis cómo mi madre hermosa
sin sucesión dichosa
estuvo largo tiempo, y que los cielos
con devotos desvelos,

los dos importunaban,
mas, ¡justas peticiones que no acaban!
ya se ve, pues hicieron tanto efecto
las generosas quejas de su afecto,
que el cielo o compasivo o obligado,
les vino a dar el fruto deseado;
mas, fue con la pensión, ¡Oh infeliz suerte
de la temprana muerte
de aquella hermosa aurora
del Puzol. Rosimunda, mi Señora,
que de mi tierna vida, al primer paso
la luz oscureció en mortal ocaso,
dando causa a comunes sentimientos.
Ya lo sabéis, pues, escuchadme atentos.
Quedó el Emperador, mi padre amado,
con golpe tan pesado,
desde aquel triste día,
ajeno de alegría;
mas viendo su presencia,
a pique de perderse en la experiencia
de dolor tan esquivo,
dio al pesar, ni bien muerto ni bien vivo,
treguas, como cristiano,
pues fuera intento vano
ser su mismo homicida,
no pudiendo animar la muerta vida
de su adorada esposa;
suspendió, en fin, la pena lastimosa,
y quiso, de mis dichas mal seguro,
investigar del tiempo lo futuro.
Consultó las estrellas,
miró el influjo de sus luces bellas,
escudriñó curioso
el benévolo aspecto, o riguroso
de Venus, Marte, Júpiter, Diana,
antorchas de esa esfera soberana,
o llamas de ese globo turquesado,
que, es de varios astrólogos mirado,
me pronostican de opinión iguales,
mil sucesos fatales;
y todos dan por verdadero anuncio,
--¡Con qué temor, ay cielos, lo pronuncio!--
que un hombre, --¡fiero daño!--
le trataría a mi verdad engaño,
rompiéndome la fe por él jurada,
y que si en este tiempo reparada

no fuese por mi industria esta corona,
riesgo corrían ella y mi persona;
porque este hombre engañoso,
con palabra de esposo,
quebrantando después la fe debida,
el fin ocasionara de mi vida.
Supe después, --¡ay triste!-- de sus labios,
de mi adversa fortuna los agravios;
y así, por no perderos y perderme,
no he querido, vasallos, resolverme
jamás a elegir dueño.
Mas ya, que me ponéis en este empeño
--sea o no sea justo--,
a daros rey me ajusto.
Sepa el de Transilvania,
Chipre, Escocia, y Albania,
Polonia, Ingalaterra,
que me podré rendir, mas no por guerra;
que esta dulce conquista,
sólo ha de conseguirse con la vista
de una firme asistencia,
blandura, agrado, amor, correspondencia;
obliguen, galanteen,
escriban, hablen, sirvan y paseen;
rendirán mi desdén con su porfía,
obligarán mi altiva bizarría;
y en tanto, yo, advertida y desvelada,
huiré aquella amenaza anticipada,
examinando el más constante y firme;
pues es fuerza rendirme
al yugo de Himeneo,
que temo y que deseo
por sólo asegurar vuestro cuidado.
Alcance, pues, mi amor en vuestro agrado,
para determinarme
a morirme o casarme,
sólo un año de término preciso;
y si al fin de él halláredes remiso
mi temeroso intento,
o me obligad por fuerza al casamiento,
o elegid rey extraño.

.....
Todos sois nobles y vasallos míos;
ayudadme a vencer los desvaríos
de mi suerte inhumana,
pues soy vuestra Señora soberana.

Examinemos quién será el ingrato,
que ha de engañarme con perjurio trato;
busquemos modo, suerte,
para huír el influjo adverso y fuerte
de aquella profecía esquiva, acerba
cuyo rigor cobarde el alma observa.
Éste es, nobles, mi intento;
éste es mi pensamiento;
éste mi ruego y estos mis temores;
estos, de mi fortuna los rigores;
y ésta, la ejecución con que restaura
tan triste amago, la infeliz Rosaura.

EMILIO:

Emperatriz hermosa,
tu pena lastimosa
sentimos como es justo;
y así, tu majestad haga su gusto,
y repare ese daño
en el plazo de un año,
y en él haga experiencia
de la fe, la lealtad y la obediencia
con que ha de hallar rendidas,
de sus vasallos las honradas vidas.
Aqueste parecer de mi fe arguyo;
ahora vuestra alteza diga el suyo;
avise de su intento.

ROSAURA:

Sea como os he dicho.

EMILIO:

Pues, contento
estoy con esto, el reino se restaura;
¡Viva la emperatriz, viva Rosaura!
¡Tu nombre en bronce eterno el tiempo escriba!
¡Viva la emperatriz! ¡Rosaura viva!

Tocan cajas y vanse

ALDORA:

Suspensa, prima, has quedado.

ROSAURA:

No tengo, Aldora, no tengo
satisfacción de mi suerte.

Aquellos anuncios temo,
y no sé si he de elegir
algun ingrato por dueño,
que el alma que me amenaza
sea bárbaro instrumento.
Quisiera yo, prima mía,
ver y conocer primero
estos caballeros que
mis vasallos me han propuesto,
y si de alguno me agrada
el arte, presencia e ingenio,
saberle la condición,
y verle el alma hacia dentro,
el corazón, el agrado,
discurso y entendimiento,
penetrarle la intención,
examinarle el concepto
de su pecho, en lo apacible,
o ya ambicioso o ya necio.
Mas, si nada de esto puedo
saber, y me he de arrogar
al mar profundo y soberbio
de elegir por dueño a un hombre
que ha de regir el imperio
del alma con libertad,
o ya ambicioso, o ya ciego,
¿qué gusto puedo tener
cuando, --¡ay Dios!-- me considero
esclava, siendo Señora,
y vasalla, siendo dueño?

ALDORA:

Discretamente discurre;
mas es imposible intento
penetrar los corazones
y del alma los secretos.
Lo mas que hoy puedo hacer
por ti, pues sabes mi ingenio
en cuanto a la mágica arte,
es enseñarte primero,
en aparentes personas,
estos príncipes propuestos;
y si es fuerza conocer
las causas por los efectos,
viendo en lo que se ejercitan,
será fácil presupuesto

saber cuál es entendido,
cuál arrogante o modesto,
cuál discreto y estudioso,
cuál amoroso, o cuál tierno;
y así mismo es contingente
inclinarte a alguno de ellos
antes que con sus presencias
tenga tu decoro empeño,
no atreviéndose a elegir.

ROSAURA:

¡Oh Aldora, cuánto te debo!
si hacer quieres lo que dices,
presto, prima, presto, presto;
pues sabes que las mujeres,
pecamos en el extremo
de curiosas de ordinario.
Ejercita tus portentos;
ejecuta tus prodigios,
que ya me muero por verlos.

ALDORA:

Presto lo verás; atiende.

ROSAURA:

Con toda el alma te atiendo.

ALDORA:

¡Espíritus infelices!
que en el espantoso reino
habitáis por esas negras
llamas, sin luz y con fuego,
os conjuro, apremio y mando
que juntos mostréis a un tiempo,
de la suerte que estuvieren,
a los príncipes excelsos,
de Polonia a Federico,
de Transilvania a Roberto,
de Escocia a Eduardo, de Francia
Partinuplés..., ¿bastan estos?

ROSAURA:

Sí, prima; admirada estoy.

ALDORA:

Ea, haced que en breve tiempo,

en aparentes figuras,
sean de mi vista objetos.

*Vuélvese el teatro y descúbrense los
cuatro de la manera que los nombra*

ROSAURA:

Válgame el cielo, ¿qué miro,
hermosa Aldora? ¿qué es esto?

ALDORA:

Éste que miras galán,
que en la luna de un espejo,
traslada las perfecciones
del bizarro, airoso cuerpo,
es Federico, polonio.

Va señalando a cada uno

Aquéste que está leyendo
estudioso y divertido,
es Eduardo, del reino
de Escocia, príncipe noble,
sabio, ingenioso y discreto,
filósofo y judicario.
Aquél, que de limpio acero
adorna el pecho gallardo,
es el valiente Roberto,
príncipe de Transilvania.
El que allí se ve suspenso
o entretenido, mirando
el sol de un retrato bello,
es Partinuplés famoso,
de Francia noble heredero,
por sobrino de su rey,
que le ofrece en casamiento
a Lisbella, prima suya;
príncipe noble, modesto,
apacible, cortesano,
valiente, animoso y cuerdo.
Éste es más digno de ser
entre los demás, tu dueño,
a no estar, --como te he dicho--
tratado su casamiento
con Lisbella.

ROSAURA:
¿Con Lisbella?
por eso, Aldora, por eso
me lleva la inclinación
aquel hombre.

ALDORA:
Impedimiento
tiene, a ser lo que te digo.

ROSAURA:
¡Ay Aldora! a no tenerlo,
otro me agradara, otro
fuera, en mi grandeza, empeño
de importancia su elección;
pero, si lo miro ajeno,
¿cómo es posible dejar,
por envidia o por deseo,
de intentar un imposible,
aún siendo sus gracias menos?

*Vuélvase el teatro como antes y
cúbrese todo*

Ya se ausentó, y a mis ojos
falta el agradable objeto
de su vista, y queda el alma,
¿diré en la pena o tormento?
digo en el tormento y pena
de su ausencia y de mis celos.

ALDORA:
No sé si le llame amor,
Rosaura, a tu arrojamiento,
y parece desatino.

ROSAURA:
Que es desatino confieso.

ALDORA:
¿No es galán el de Polonia?
¿no es el de Escocia discreto,
gallardo el de Transilvania?

ROSAURA:
Si consulta con su espejo

el de Polonia sus gracias,
y está de ellas satisfecho;
¿cómo podra para mí
tener, Aldora, requiebros?
Si es filósofo el de Escocia,
judiciario y estrellero;
¿cómo podrá acariciarme,
ocupado el pensamiento
y el tiempo siempre en estudio?
Y si es tan bravo Roberto;
¿quién duda que batirá
de mi pecho el muro tierno
con fuerzas y tiranías,
siendo quizá el monstruo fiero
que amenaza la ruina
de mi vida y de este imperio?

ALDORA:

¿No es peor estar rendida
a otra beldad?

ROSAURA:

Es exceso
el que propones, si sabes
que no halla el común proverbio
excepción en la grandeza.
Yo lo difícil intento;
lo fácil es para todos.

ALDORA:

Pues, emperatriz, supuesto
que Partinuplés te agrada,
todo cuanto soy te ofrezco.
Yo haré que un retrato tuyo
sea brevemente objeto
de su vista, porque amor
comience a hacer sus efectos;
ven conmigo.

ROSAURA:

Voy contigo;
desde hoy en tu dulce incendio
soy humilde mariposa,
tirano dios, niño ciego.

Vanse y suena ruido de cazay sale el REY de Francia,

*LISBELLA y el CONDE de Partinuplés y
GAULÍN y criados de caza todos*

DENTRO:

Al arroyo van ligeros.

OTRO:

Por esa otra parte, Enrico,
Julio, Fabio, Ludovico.

CONDE:

Al valle, al valle, monteros.

REY:

¡Qué notable ligereza!
o hijos del viento son,
o del fuego exhalación.

CONDE:

Descanse, Señor tu alteza;
baste la caza por hoy.

REY:

¿Vienes cansada, Lisbella?

LISBELLA:

Como siguiendo la estrella
del sol, que mirando estoy.

REY:

El equívoco me agrada;
ese sol, ¿soy yo o tu primo?

LISBELLA:

Tú, pues en tu luz animo
la vida, Señor.

GAULÍN:

¿No es nada
requebritos en presencia
de quien a ser suyo aspira?
Mas, si es justo, ¿qué me admira?

REY:

Habla, pues tienes licencia,
Partinuplés, a tu esposa.

CONDE:

Cuando sabe que soy suyo,
ociosa, Señor, arguyo
toda palabra amorosa;
porque, a mi entender, no hay mengua
en el amable discreto,
como empeñar el respeto
en lo activo de la lengua.
El que explica libremente
su amor, la verdad desdice;
que siente mal lo que dice,
quien dice bien lo que siente.
Yo, que la luz reverencio
del sol que en Lisbella adoro,
por no ofender su decoro,
la hablo con el silencio;
que fuera causarla enojos,
con discursos pocos sabios,
volverla a decir los labios,
lo que le han dicho los ojos.

REY:

Bien encarecido está,
sobrino, tu sentimiento.

LISBELLA:

Y yo, de oírte contenta,
también primo, en mí será
el silencio lengua muda,
que acredite tu opinión.

Salen dos PESCADORES asidos de una caja

PESCADOR 1:

Mía es.

PESCADOR 2:

Mayor acción
tengo a su valor, no hay duda,
pues te la enseñé; y así,
la caja, Pinaro es mía.

PESCADOR 1:

Saquemos de esta porfía,
su alteza, pues está allí;

démosela.

PESCADOR 2:
Soy contento.

REY:
¿Qué es esto?

PESCADOR 1:
Este pescador
y yo sacamos, Señor,
de ese espumoso elemento,
esta caja de una nave
que pasó naufragio ya;
y por salvarse quizá,
alijó su peso grave;
mas, aunque fue de los dos
hallada, y ambos queremos
su valor, ya le cedemos
con gusto, Señor en vos.

REY:
Dios os guarde.

Rompen la caja y sacan un retrato de ROSAURA

CONDE:
Abrirla presto;
veremos qué es.

PESCADOR 1:
Sólo hay
un retrato.

GAULÍN:
¡Qué cambray!

CONDE:
Echó el cielo todo el resto
en su hermosura.

PESCADOR 2:
Pinardo,
no trujimos mal tesoro.

PESCADOR 1:

Calla; que estoy hecho un mozo
de rabia.

REY:
¡Pincel gallardo!

CONDE:
Por Dios, beldad peregrina
ostenta, ¡ay cielos!

GAULÍN:
Extraña,
si acaso el pincel no engaña.

LISBELLA:
Rara hermosura.

CONDE:
Divina;
¿quién será aquesta mujer?

LISBELLA:
¿Es gusto o curiosidad,
Partinuplés?

CONDE:
¡Qué deidad!
curiosidad puede ser;
que gusto, fuera de verte,
ni le estimo ni le quiero.

LISBELLA:
Ya parece lisonjero;
mas quiero, primo, creerte.
Señor, una R y una A
tiene aquí; ignoro el sentido.

GAULÍN:
Pues que me escuches te pido.

REY:
¿Sabeslo tú?

GAULÍN:
Claro está.

LISBELLA:

Si habla cualquiera por sí,
en la R dira reina,
y en la A...

CONDE:

En las almas reina.

LISBELLA:

De Asia o África.

CONDE:

¡Ay de mí!
que es nombre propio imagino.
Puede ser...

GAULÍN:

Oíd dos instantes,
los sentidos más galantes
de mi ingenio peregrino.

REY:

Di pues.

GAULÍN:

Llámase romana,
o rapada o relamida,
rayada, rota o raída,
rotunda, ratera o rana,
respondona o Rafaela;
Ramira, ronca o rijosa,
Roma, raspada o raposa,
risa, ronquilla o razuela,
o regatona o ratina.
Y si es enigma más grave,
el A quiere decir ave,
y la R, de rapiña.

REY:

Como de tu ingenio es,
la conclusión de la cifra.

GAULÍN:

Pues, ¿mas que no la descifra
Radomonte aragonés
con más elegancia?

LISBELLA:

(Celos Aparte
me está dando el conde ingrato,
divertido en el retrato.)

CONDE:

(¿Qué es esto que he visto cielos? Aparte
Rendido está a los primores,
de aquel pincel, mi sentido.)

GAULÍN:

Muy buena hacienda han traído
los amigos pescadores;
bien puede darles, Lisbella,
su hallazgo.

CONDE:

Gaulín, desde hoy
sabrás Lisbella que soy
sombra de esta imagen bella.

GAULÍN:

Mira que de exceso pasa
tu locura.

CONDE:

(¡Qué rigor! Aparte
disimulemos, amor,
el incendio que me abrasa.)

LISBELLA:

(¡Qué pague de esta manera Aparte
mi amor el Conde!... ¿qué haré
cielos? disimularé
su ocasión.)

DENTRO:

¡Guarda la fiera!

REY:

Aquella voz me convida...
venid, sobrinos, conmigo.

LISBELLA:

Ya voy.

CONDE:
Yo, Señor, te sigo.

REY:
Da el retrato, por tu vida,
a quien le guarde. Después
tendréis los dos premio justo.

Vanse

PESCADOR 1:
El saber que es de tu gusto,
es el mayor interés.

Vase

CONDE:
De mi brazo y de mi aliento
no has de poder escaparte,
si no te esconde la tierra;
aguarda, fiera.

GAULÍN:
No aguardes.

Sale el CONDE tras una fiera vestida de pieles vale a dar y vuélvese una tramoya y aparece ROSAURA como está pintada en el retrato

CONDE:
Espera, monstruo circero.

GAULÍN:
¡Señor, que es gran disparate!
¡Hombre, que te precipitas
a morir!

CONDE:
Temor infame,
esto ha de ser; ¡todo el cielo
me valga!

GAULÍN:
¡Bizarro lance,
que buscando una fiera,
una belleza se hallase

mi amo! ¿Qué más ventura?
¡Y que yo nunca me halle,
si no es uno que me mienta,
si no es cuatro que me engañen,
cuarenta que me apeleen,
cuatrocientos que me estafen!
Sin duda que esto consiste
en el ánimo; animarme
quiero y buscar mi ventura;
ya podrá ser que topase,
en vez de moza, una sierpe,
y en vez de un talego, un fraile.
Mas, ¿qué es aquello? mi amo
parece que está en éxtasis,
o que a lo de *resurrexit*,
judío asombrado yace;
yo quiero ver que resulta
de suspensiones tan grandes;
que, si no me engaño, ya
parece que quiere hablarle.

CONDE:

Cuando fiera te seguí,
monstruo, mujer o deidad,
ignorando tu crueldad,
sólo a un riesgo me ofrecí;
pero ya descubre en ti
más peligros mi flaqueza;
pues cuando de tu fiereza
libre examiné el rigor,
mal podré, muerto de amor,
librarme de tu belleza.
Tu hermosura y tu cautela
se han conjurado en mi daño;
que una se viste de engaño,
y otra a la fiereza apela.
No en vano el temor recela,
dar riesgos después de verte,
pues de esta o de aquella suerte,
vienes a ser mi homicida;
y si, fiera cruel, das vida;
beldad piadosa, das muerte.
¿Eres de este valle diosa?
¿eres ninfa de este monte?
¿cuál es el sacro horizonte
de tu aurora milagrosa?

Muda fiera, enigma hermosa
de aquel retrato, que al arte
por tuyo excede, ¿en qué parte
vives, asistes o estás?

ROSAURA:

Si me buscas, me hallarás.

Desaparece ROSAURA

CONDE:

Voy con el alma a buscarte.
¿Por qué a mis ojos te niegas,
bello hechizo, hermoso áspid?

GAULÍN:

Vive Cristo, que a mi amo
le han dado con la del martes.

CONDE:

¿Por qué te escondes y dejas
burlada mi fe constante?
"Si me buscas, me hallarás,"
dijiste, y cuando buscarte
quiero, ligera desprecias
mis esperanzas amantes.
¡Qué haré, cielos! ¿qué he de hacer?
o respóndedme, o mátadme.

Vase

GAULÍN:

En tanto que el Conde está
dando suspiros al aire,
he de buscar mi ventura,
siquiera por imitarle.
Ea, a la mano de Dios,
venzamos dificultades
de miedo, si acaso topan
mis dichas en animarme;
que será posible, pues,
a los atrevidos hace
fortunilla los cortijos,
que me ayude favorable.
Quiero ver; aquí no hay nada.

Busca, mira por el tablado y sale el CONDE

CONDE:

Estos verdes arrayanes
fueron de su planta alfonbra,
siendo del campo plumajes.
¡Vive el cielo, que estoy loco!

GAULÍN:

Apostaré que dice alguien,
que esto es andar por las ramas;
mas entre aquellos dos sauces
veo la sombra de un sol,
sin nubes y con celajes.

Descúbrese ALDORA al otro lado entre unos árboles

Vive Dios, que di con él.
Todo el cielo se me cae
encima, que llueven glorias.
ésta es runfla sin descarte,
perla sin concha, y almendra
sin cáscara, o ropaje
de engaños ni de fiereza.
La muchacha es como un ángel.
¡Oh animal el más hermoso
de todos los animales!

CONDE:

Aquí he perdido mi bien,
y aquí, cielos, he de hallarle.
Bosques, fieras, espesuras,
campos, prados, montes, valles,
ríos, plantas, pajarillos,
fuentes, arroyos, cristales,
decid, ¿dónde está mi bien?

Vase

GAULÍN:

Orlando furioso, tate;
cada loco con su tema.
Pues antes, reina, pues antes,
que me dé otro trasantón.

Vala a coger y vuela y sale un león y coge a

GAULÍN y sale el CONDE

CONDE:
¿Dónde iré?

GAULÍN:
Cielos, libradme,
ya que mi amo no quiere.

CONDE:
¿Qué es esto?

GAULÍN:
Es para la tarde.

Al ir a embestirle se desaparece el león

CONDE:
¡Oh fiero león, espera!
desvaneció en un instante
su espantosa forma.

GAULÍN:
¡Ay Dios!
todo estoy hecho vinagre.
Mira, Señor, si me ha herido;
que por estos arrabales
parece que estoy sudando
aunque no aromas fragantes.

CONDE:
No estás herido, sosiega.

GAULÍN:
¿De verdad?

CONDE:
¿He de engañarte?

GAULÍN:
No, pero será posible
que a ti la vista te engañe,
pero no el olfato a mí;
no acabo de santiguarme;
¡Jesús mil veces, Jesús!
¡Qué tierra de Barrabases

es esta donde no hallamos
sino fieras y animales,
que burlen y que aporreen!

CONDEL
Confuso estoy.

Suenan truenos

GAULÍN:
¿Yo cobarde?
pues mira que truenecitos;
hoy damos con todo al traste.
¿Si es Tesalia o la engañosa
de Circe? estancia agradable;
salgamos presto, Señor,
de ella; que se cubre el aire
de nubes y exhalaciones.

CONDE:
¿Cómo es posible alejarme
de este sitio, si en él dejo
del alma la mayor parte?

GAULÍN:
Déjala toda y partamos;
que al alma no han de tocarle
en un pelo de la ropa.
A estos cuerpos miserables
es fuerza que les busquemos
albergue donde se guarden;
fuera de que, el rey, tu tío,
y tu esposa han de buscarte,
y han de estar perdiendo el juicio
de ver que así los dejaste.
Rayo es aquel; ¡Santa Prisca,
Santa Bárbara, Sant Ángel!
salgamos presto de aquí.

CONDE:
¿Dónde podrás ocultarte
de la inclemencia del tiempo?

GAULÍN:
Del tiempo, en ninguna parte;
porque todo está a cureña

rasa; mas para librate
de las fieras de estos montes
esta noche, allí nos hace
del ojo una nao, que está
varada en aquel paraje,
que debieron de dejar
surta allí los temporales,
y aunque está desarbolada,
sin jarcias y sin velamen
para navegar, al menos
podrá, esta noche albergarte
de las fieras, como digo.

CONDE:

Tus miedos han de obligarme
a perderme.

GAULÍN:

Acaba presto;
mira, Señor, que es ganarte.

CONDE:

Vamos, si es ganarme.

GAULÍN:

Ven;
que de ti quiero agarrarme.

CONDE:

Fiera hermosa, aunque me voy,
presto volveré a buscarte.

Vase

JORNADA SEGUNDA

Salen el CONDE y GAULÍN su criado

CONDE:

¡Notable navegación!
si no pasara por mí,
no creyera tal.

GAULÍN:

Yo sí;
y si mayor confusión,
--después de tanto tormento--
es ver un navío seguro,
sin piloto, Palinuro,
que sin embate ni viento,
tan sosegado tomase
puerto en esta playa, caso
que ahora parece acaso.

CONDE:

¡Que se fuese y me dejase!

GAULÍN:

Que es gran maravilla, pienso,
o alguna extraña aventura.

CONDE:

¡Qué prodigiosa hermosura!

GAULÍN:

¿De qué estás, Señor, suspenso?

CONDE:

El sentido he de perder.

GAULÍN:

(Él ha dado en mentecato). Aparte

CONDE:

¡Oh peregrino retrato,
oh bellísima mujer!

GAULÍN:

Señor, que te echas a pique
haciéndole al juicio quiebra;
¿no ves que te dio culebra,
la fiera por alambique
vuelta en dama, y que sin duda,
fue algún espíritu malo?

CONDE:

A un ángel, Gaulín, la igualo;
de ese pensamiento muda.

GAULÍN:

Con eso me desbautizo,
me enfurezco, me remato;
¿enviaste aquel retrato?
¿no ves que fue ruido hechizo?
pues luego ver una fiera,
y transformarse en mujer,
--aunque no hay mucho que hacer--
¿quién, sino el diablo, lo hiciera?
Entrarnos en un navio
desarbolado, y al punto
verlo con jarcias, pregunto,
¿quién pudo hacerlo, amo mío?
no ver quien lo gobernaba,
quién lo sacó y guió
hasta aquí, pregunto yo,
¿quién lo hizo, Señor?

CONDE:

Acaba,
Fortuna.

GAULÍN:

¡Gentil despacho!
¡Linda urdiembre y mejor trama,
retrato, nao, fiera y dama,
fortuna.

CONDE:

Calla, borracho.

GAULÍN:

¡Yo de hambre y sed, vive el cielo!
tengo ya lánguido el bulto.

CONDE:

Ahora, Gaulín, dificulto
el comer.

GAULÍN:

¡Qué gran consuelo
fuera para mí el hallar
una santa chimenea!
Mas, ¡vive Dios!, que humea
hacia allí, no hay que dudar.

CONDE:
¿Qué? ¿Estás loco?

GAULÍN:
No estoy loco.

CONDE:
De tu humor me maravillo.

GAULÍN:
Morirás; hay un castillo
bellísimo.

CONDE:
Espera un poco;
dices bien, yo he de ir allá.

*Mirando el CONDE hacia donde estará pintado
un castillo*

GAULÍN:
Vamos, aunque sea al abismo.
Contigo, al infierno mismo
no temeré, claro está;
porque es cierta conclusión,
que contradicción no implica,
que quien anda en la botica,
ha de oler al diaquilón.

CONDE:
Entra, pues.

GAULÍN:
Ya, Señor, entro,
si puedo; que el miedo sabio
azoga el aliento al labio,
mas, él se quedó allá dentro.

Entran en el castillo y salen ALDORA y ROSAURA

ALDORA:
Ya, en el castillo le tienes;
¿qué intentas hacer ahora?

ROSAURA:

Darme de mi dicha, Aldora,
venturosos parabienes.

ALDORA:

Y en fin, ¿mañana has de dar
a los príncipes audiencia?

ROSAURA:

Sí, aunque es vana diligencia,
.....[-ar].

ALDORA:

Pues ya viene allí.

Mirando a la puerta de la derecha

ROSAURA:

Procura
que no nos vea.

ALDORA:

Es error;
ven.

*Va[n]se y salen el CONDE y GAULÍN
temblando*

GAULÍN:

Buen ánimo, señor,
que dizque todo es ventura;
mas, no sé si me resuelva
a parecer alentado;
porque aún no se me ha olvidado
el leoncillo de la selva.

CONDE:

Hermosa estancia, Gaulín,
y vestida ricamente.

Mirando las paredes

GAULÍN:

Sí, mas no hemos visto gente
en sala ni camarín,
patio, tinelo o cocina;
de su distrito apacible,

ni un ápice comestible;
cosa que me desatina.

CONDE:
¿Hambre tienes?

GAULÍN:
Claro está
que es contrario poderoso;
¿tengo yo cuerpo glorioso,
como tú, señor? mas ya,

*Saquen una mesa sin que se vea quién, con
mucho aparato y ponen una silla arrimada al paño*

sin ver ni oír quién la pone,
silla y mesa tienes puesta;
grandiosa ventura es esta,
que la suerte te dispone.

CONDE:
Cosas son éstas, Gaulín,
que no le dejan recurso
a la razón ni al discurso,
encaminados a un fin.
Miro varios accidentes,
cuyas conjeturas son
para el alma confusión.

GAULÍN:
Lo mejor es que te sientes.
Todos los medios que has visto,
te guiaron a este empeño;
come, no se encoge el dueño
de casa; por Jesucristo,
agradece el hospedaje,
aunque sea cumplimiento.

CONDE:
No entiendo tanto portento.

GAULÍN:
Come, pese a mi linaje.

CONDE:
¡Válgame Dios, si no fuera

mi corazón tan valiente!

GAULÍN:

No seas impertinente,
que la comida te espera.

CONDE:

Por no parecer ingrato,
me mostraré agradecido.
Mas, por Dios...

GAULÍN:

Ya me he comido
yo con los ojos un plato.

CONDE

Que escusara el beneficio,
excusado el bienhechor.

GAULÍN:

No des en eso, Señor;
acaba.

CONDE:

Pierdo el juicio.

GAULÍN:

Siéntate.

*Siéntase y quitan la toalla de encima por
dentro de la mesa*

CONDE:

Siéntome, pues.

GAULÍN:

Y esto, ¿no lo hace el diablo?
pues, por Dios, que no soy Pablo
ni Onofre; mi amo es.
Música a fuer; de Señor
te tratan.

Tocan instrumentos y cantan

CONDE:

Déjame oír.

GAULÍN:

Que nos dejara mugir,
fuera el regalo mayor.

*Canten y coma el CONDE los platos que le sirven por
debajo de la mesa*

CONDE:

Dulce engaño, ¿dónde estás?
que ciego ignoro la parte,
donde mi amor puede hallarte.

Cantan dentro

[VOZ]:

"Si me buscas me hallarás"

CONDE:

¿Si me buscas me hallarás?
el final de aquella letra,
toda el alma me penetra.

GAULÍN:

Advierte que cantan más.

Una voz dentro canta

[VOZ]:

"Si acaso ignoras de amor
esta enigma venturosa,
en la más dificultosa
más se conoce el valor;
no te parezca rigor
la duda que viendo estás.

TODOS:

"Si me buscas me hallarás"

CONDE:

Al alma me hablan; gran día,
Gaulín, para ti.

Comiendo el CONDE siempre

GAULÍN:

Es preciso,
si lleno esté paraíso.

CONDE:

Come éste; por vida mía;
pues esta licencia da,
el ver que nadie nos ve.

*Apártale una empanada que estará a
una esquina de la mesa*

GAULÍN:

Dios te dé vida; que a fe,
que la deseaba ya.

*Al tomarla, ábrela y salen cuatro o seis
pájaros vivos de ella*

¿Qué es esto? burla excusada;
luego que empanada vi,
por Dios vivo, que temí
que me daban, en pan, nada.

CONDE:

Pues, ¿qué fue?

GAULÍN:

Nada presumas
que fue, pues en un momento,
los pájaros en el viento
forman abriles de plumas;
volaron, en conclusión.

*Bebe el CONDE y al darle el vaso a GAULÍN se
lo quitan de la mano*

CONDE:

Brindis.

GAULÍN;

Salutem et pacem,
aunque sin razón me hacen,
digo que haré la razón.

CONDE:

¿Qué es esto?

GAULÍN:

Qué puede ser
sino la mala ventura
que me sigue y me procura
desbautizar y ofender?
¿Soy zurdo, o soy corcovado?
¿cómo me tratan así?

CONDE:

Come, Gaulín, come aquí
en este plato, a este lado.

Pásase GAULÍN al otro lado

Huéspedes somos los dos;
quizá aquí estarás seguro.

*Al comer del plato que le aparta el CONDE se lo
quitan de la mano*

GAULÍN:

¡Oh maestra! ¡perjuro,
quien te viera! ¡Vive Dios,
que este es rigor inhumano!

CONDE:

Calla, y el semblante alegre.

GAULÍN:

Pues lleve el diablo a mi suegra;
¿soy camaleón cristiano?
¿para esto nos han traído?
mal haya, amén, la venida.

Vuelven a cantar

CONDE:

¿Cantan? oye, por mi vida.

GAULÍN:

Oye tú, pues has comido.

Música dentro

[VOZ]:

"Probé lágrimas vertidas
y enjutos ojos serenos,
y sé que no cuestan menos
lloradas que detenidas."

CONDE:

Buscaré; pues que me animan,
esta dicha.

GAULÍN:

De la mesa
he de tomar esta presa;

Al ir a meter la mano en el plato se la agarran

¿por qué? ¿por qué me lastiman?
¿qué te he hecho? ¿qué te he hecho,
mujer, hombre o Satanás?

*Suéltanle la mano, levántase el CONDE
y quitan la mesa*

¿No comes más?

CONDE:

Ya no más.

GAULÍN:

Hágate muy buen provecho.
Tú has comido; y, ¡ay del triste
que está en ayunas!

CONDE:

¡Prodigios
me suceden!

GAULÍN:

Vive Dios,
que estoy hambriento y mohino.
Ya es de noche y encerrados
en esta trampa o castillo
estamos, sin luz, sin camas;
por Dios, que pierdo el juicio;
parece, señor, que adrede,
aún mas presto ha anochecido
que otras veces.

CONDE:
No te aflijas.

GAULÍN:
¡Gran flema! ¡gentil alivio!
encerrados y sin luz;
sin saber la parte o sitio
dónde estamos; claro está
que este es encanto o hechizo
del Demonio, o por lo menos
estamos entre enemigos
de la fe.

CONDE:
Aunque sean demonios,
resistirlos.

GAULÍN:
¿Resistirlos?
yo no estoy para reñir,
y tengo el bulto vacío,
y no haré más; ¡Dios me valga!

Sale ROSAURA a oscuras y tropieza al salir

ROSAURA:
Tropecé, ¡Dios sea conmigo!

GAULÍN:
No tan malo; ¿oyes, Señor?

Temblando GAULÍN, con miedo

A Dios nombró.

CONDE:
Ya lo he oído;
¿quién va allá?

ROSAURA:
¿Quién habla aquí?

CONDE:
Un hombre.

ROSAURA:
Pues ¿qué motivo
le ha traído a profanar
de mi palacio el retiro?

CONDE:
La Ocasión.

ROSAURA:
¿De qué manera?

CONDE:
Yo lo ignoro, por Dios vivo.

ROSAURA:
Pues, ¿quién os trujo?

CONDE:
No sé.

ROSAURA:
¿Qué buscáis?

CONDE:
Un laberinto.

ROSAURA:
Y, ¿quereis salir de él?

CONDE:
Sí,
si vos me dais luz e hilo.

ROSAURA:
Ahora bien; sosegaos, Conde.

CONDE:
¡Válgame Dios! ¿quién os dijo
quien soy?

ROSAURA:
Quien lo sabe.

CONDE
Basta;
que digáis, os suplico,

quién sois.

ROSAURA:
Soy una mujer
que os quiere.

CONDE:
El favor estimo.

GAULÍN:
¡Plegue a Dios que por bien sea!

ROSAURA:
Ya, que le paguéis aspiro.

CONDE:
Si aspiráis a eso, no
desluzgáis el beneficio
en ocultaros de mí.

ROSAURA:
El ocultarme es preciso
por algún tiempo.

CONDE:
Es rigor.

ROSAURA:
Es fuerza.

CONDE:
¡Oh qué barbarismo!
¿Queréisme bien?

ROSAURA:
Os adoro.

CONDE:
Pues, ¿qué teméis?

ROSAURA:
A vos mismo.

CONDE:
¿No sois digna de mi amor?
Decid.

ROSAURA:
Sugeto sois digno
de mucho amor.

CONDE:
Pues, ¿por qué,
cuando me tenéis rendido
en vuestro poder y estáis
satisfecha de lo dicho,
me negáis vuestra hermosura,
privando el mejor sentido
del gusto en su bello objeto?

ROSAURA:
No apuremos silogismos;
confieso que es el más noble;
más pronto, más advertido
que los demás; pero yo,
para acrisolar lo fino
del oro de vuestra fe,
árbitro hago el oído
en su juicio, afianzado
de mis dichas lo propicio
con misterioso decoro;
demás que ya me habéis visto
y os he parecido bien.

CONDE:
¿Yo? ¿cuándo?

ROSAURA:
No he de decirlo;
tiempo vendrá en que sepáis
quién soy y lo que os estimo.

GAULÍN:
(Brava maula; ¡vive Dios! Aparte
que lo cogió al sportillo.)

CONDE:
¿Que al fin, no queréis que os vea?

ROSAURA:
No puedo.

CONDE:
¡Raro capricho!

ROSAURA:
Conde, creedme y queredme.
Ciego es amor.

CONDE:
Ciego y niño,
cuya materia alimenta
los espíritus visivos
de dos que se corresponden.

ROSAURA:
Débaos yo haberme creído,
pues me debéis lo que os quiero.

CONDE:
¿No me obligáis?

ROSAURA:
Sí, os obligo
ahora descansad; el lecho
os espera.

CONDE:
No es alivio
el lecho para quien tiene
tan desvelado el juicio.

ROSAURA:
Pues que os desveléis me importa;
que para cierto designio,
os he después menester.

CONDE:
Si valgo para serviros,
dichoso yo; ahora estaré
contento y agradecido.

ROSAURA:
Ea, entráos a reposar,
que una antorcha os dará aviso,
seguidla.

CONDE:

Esperad, oíd.

ROSAURA:
No puedo, adiós.

Vase

CONDE:
¿Has oído
lo que me pasa, Gaulín?

GAULÍN:
Y estoy temblando de oirlo.

CONDE:
¿Quién será aquesta mujer?

GAULÍN:
Bruja, monstruo o cocodrilo
será, pues tanto se esconde...
allí viene el hacha; asido
de tí me tengo de entrar.

CONDE:
La luz por mi norte sigo.

GAULÍN:
Yo la tuya por mi sol.

*Sale ALDORA con una hacha y va guiando al CONDE y
al entrarse GAULÍN; ella le agarra*

ALDORA:
¿Dónde vas tú?

GAULÍN:
¡San Patricio!
donde su mercé mandare;
siguiendo iba cierto amigo,
a quien un ángel o un cielo
hoy hace amigable hospicio.
Mas, dónde su mercé está,
(Virtud quiero hacer el vicio, Aparte
¡Oh gran necedad del miedo!
no he menester, imagino,
más favor.)

ALDORA:
¿Ángel o cielo?

GAULÍN:
Sí, Señora.

ALDORA:
¿Habéisla visto?

GAULÍN:
No, Señora.

ALDORA:
Siempre habláis
de cabeza.

GAULÍN:
Pues, ¿qué he dicho?

ALDORA:
Nada; que rata, ratera,
Roma, raída, ronquillo...

GAULÍN:
¡Oh!

ALDORA:
Raposa, raída, rana,
relamida...

GAULÍN:
¡San Remigio!

ALDORA:
¿No es esto hablar?

GAULÍN:
Do, re, fa,
mi, sol --la piedad te pido--;
un rastrojo, un remendón,
un repostero, un rengifo,
un repollo.

ALDORA:
Bien está.

GAULÍN:
Y tu esclavo...

ALDORA:
Ven conmigo;
que de todas estas erres
has de llevar un recibo.

GAULÍN:
¿Relámpagos a estas horas?
sobre mi dio el remolino.

Vanse y salen EMILIO y ROBERTO de Transilvania

ROBERTO:
Como quien dice amor dice impaciencia;
hoy, que Rosaura hermosa nos da audiencia,
a esta justa de amor, aventurero
vengo, Emilio, el primero.

EMILIO:
Quien primero en grandezas siempre ha sido
primero, claro está, será elegido.

ROBERTO:
No me prometo de mis dichas tanto.

Sale FEDERICO de Polonia

FEDERICO:
¡Si me premiase amor, pues sabe cuánto
lo deseo!

Sale EDUARDO de Escocia

EDUARDO:
De amor los tribunales,
solicitamos hoy con memoriales.

FEDERICO:
¿Qué hay, famoso Roberto?

ROBERTO:
De amor al triunfo incierto,
tres concurrimos; ¡lance peligroso!

FEDERICO:

Si el mérito se advierte,
yo estoy desconfiando de mi suerte.

ROBERTO:

Pues, si el común proverbio mi fe es fuerza
yo, príncipe, seré feliz por fuerza;
si al fin, como mujer, Rosaura elige,
si ya no es que deidad mayor la rige.

EMILIO:

Caballeros, su alteza.

Salen ROSAURA, ALDORA y acompañamiento

FEDERICO:

¡Qué majestad!

EDUARDO:

¡Qué garbo!

ROBERTO:

¡Qué belleza!

EMILIO:

Aquí están, gran Señora,
los príncipes heroicos.

ROSAURA:

¡Ay Aldora,
que han de cansarse en vano!

EMILIO:

El escocés, polonio y transilvano.

ALDORA:

No excuses agasajos repetidos.

ROSAURA:

Sean vuestras altezas bien venidos.

ROBERTO:

Quien ya os pudo ver, no se ha excusado
de ser en cualquier tiempo bien llegado.

ROSAURA:

Lisonja o cortesía,
es de estimar; sentaos, por vida mía.

*Después de haberse asentado ROSAURA, van
tomando asientos diciendo cada uno estos versos cogiéndola en medio*

EDUARDO:

A tal precepto, mi obediencia ajusto.

ROBERTO:

Soy vuestro esclavo.

FEDERICO:

Obedecer es justo.

ROSAURA:

Supuesto que el rüido
de la fama ligera os ha traído,
¡oh príncipes excelsos! que la fama
clarín es ya que llama,
por dote o por belleza, al casamiento,
y el mío solicita vuestro intento,
cualquiera digresión es excusada;
admitiros me agrada,
sea el buscarme gusto o conveniencia;
hablad.

ROBERTO:

¡Qué gran valor!

EDUARDO:

¡Qué gran prudencia!

ROBERTO:

Habla tú, Federico.

FEDERICO:

Por no ocupar el tiempo, no replico.
Yo soy, Rosaura hermosa,

Haciendo la cortesía se levanta

de la provincia fértil y abundosa
de Polonia heredero;
no con riquezas obligaros quiero,

párias de plata y oro;
aunque es grande el tesoro
que hoy dispende mi padre Segismundo
por el mayor del mundo;
que el más rico, según mi sentimiento,
es el vivir pacífico y contento,
de su reino leal obedecido,
de todos los extraños bien querido.
Yo, pues, como publico,
soy, Señora, el polonio Federico.
Esto que soy, a vuestra alteza ofrezco,
y sé que no merezco
aspirar a la gloria
de estar un solo instante en tu memoria;
mas, básteme la dicha que interesa
mi fe, con oponerse a tanta empresa.

EDUARDO:

Mi nombre es Eduardo,

Levántese y hace cortesía

mi reino Escocia, que en la gran Bretaña
se incluye, a quien el Talo, poco tardo,
de perlas riega, de cristales baña;
cerca le asiste el irlandés gallardo,
provincia hermosa, que, sujeta a España
participa feliz de su grandeza,
esfuerzo, armas, virtud, valor, nobleza;
no dilatado mucho, mas dichoso
por la fertilidad, riqueza, asiento,
belleza y temple de su sitio hermoso,
por suyo a vuestra alteza lo presento;
poco don, pero muy afectuoso,
y si igualarle a mi deseo intento,
a todos los del uno, al otro polo
no hay duda, excederá su valor solo.

ROBERTO:

Yo soy, bella Emperatriz,
aquel prodigio a quien llama
Alcides fuerte la Europa,
invencible Marte el Asia;
cuyos hechos tiene impresos
el tiempo en la eterna España
de las memorias, porque

se inmortalicen preclaras
las mías, asunto ilustre
de la voladora fama,
que hoy noticiosa ejercita
plumas, ojos, lenguas, alas,
vista, relación y vuelo
en publicar alabanzas
a mi nombre; finalmente,
Roberto de Transilvania
soy, cuyo famoso reino
en sus términos abarca
cuatro grandiosas regiones,
que son Valaquia o Moldavia,
que todo es uno, la Servia,
la Transilvania y Bulgaria,
reinos distintos que incluye
el gran imperio de Dacia.
De estos, pues, soy heredero,
hermosísima Rosaura;
hijo soy de Ladislao
y de Aurora de Tinacria,
y más, me precio de ser
inclinado a lides y armas
que de los reales blasones
de sus ascendencias claras;
pues ya, diez y siete veces
me ha mirado la campaña
armado, sin que me ofenda
de enero la fría escarcha,
de julio el ardiente sol,
con su hielo o con sus llamas.
Tiembla África de mi nombre,
sabe mi esfuerzo Alemania,
Dalmacia teme mi brío,
venera mi aliento España.
Perdona si te he cansado
en mis propias alabanzas;
que no suele ser vileza,
cuando a las verdades falta,
tercero que las informe,
razones que las persuadan.
Yo, pues, Rosaura divina,
ese imperio y el del alma,
libre a tu belleza ofrezco,
rendidas sus arrogancias,
sujetas sus bizarrías,

sus vanidades postradas;
justo rendimiento, pues
eres deidad soberana.

ROSAURA:

Príncipes valerosos,
estimo los intentos generosos
que han a vuestras altezas obligado,
puesto que asunto soy de su cuidado,
y en tan justo afecto se acrisola;
y quisiera tener, no un alma sola,
sino tres que ofreceros con la vida;
que es bien que al premio el interés se mida
por deuda o cautiverio;
mas no tengo más de una y un imperio
que ofrecer a los tres. La elección dejo
a los de mi Consejo;
esto se mirará con advertencia
de mi decoro y vuestra conveniencia;
y puesto que ninguno ha de ofenderse,
despacio podrá verse
el que ha de ser mi dueño.

Levántanse todos

ROBERTO:

Soy contento.

EDUARDO:

¡Claro ingenio!

FEDERICO:

¡Divino entendimiento!
Sea como lo ordenas.

EDUARDO:

Tu precepto
es ley en mi respeto.

ROSAURA:

Quedaos; que no quiero deteneros.

*Van acompañándola hasta la puerta
representando siempre*

ROBERTO:

Señora, en todo es justo obedeceros,

Vanse la princesa ROSAURA por su puerta y los demás por otra y salen el CONDE y GAULÍN

CONDE:

¿Qué dices?

GAULÍN:

Digo que oí
lo que te he dicho.

CONDE:

No sé;
¿Constantinopla?

GAULÍN:

Eso fue.

CONDE:

¿Que es Constantinopla?

GAULÍN:

Sí.

CONDE:

¿Tú, en fin, estás bien
hallado?

GAULÍN:

¿No he de estar, si duermo y como
sin pagarle al mayordomo
distribución ni cuidado?

CONDE:

De mis dichas participas.

GAULÍN:

Claro está y tener procuro
en mi estómago a Epicuro
y a Heliogábalo en mis tripas;
yo no sé por dónde viene,
quién lo guisa o quién lo da;
mas sé que en entrando acá
es bueno el sabor que tiene.
Guarde Dios cierta marquesa,

que no veo, sin embargo
que tomó muy a su cargo
las expensas de mi mesa
desde la noche que entramos;
pero, dejando esto aparte,
he querido preguntarte
mil veces, no sé si estamos
seguros de qué nos dio;
escucha a fuer de convento,
¿cómo te hallas?

CONDE:
Muy contento.

GAULÍN:
¿Viste ya la tal mujer?

CONDE:
No.

GAULÍN:
¿Qué dices?

CONDE:
Lo que te digo.

GAULÍN:
Pues, ¿por qué?

CONDE:
Porque no quiere.

GAULÍN:
¿Amante de miserere
te has hecho?

CONDE:
Mis dichas digo.

GAULÍN:
¿Y la quieres bien?

CONDE:
La adoro.

GAULÍN:

¿Sin verla, Señor?

CONDE:

Sin vella.

GAULÍN:

¿Y Lisbella?

CONDE:

No hay Lisbella;
perdóneme su decoro.

GAULÍN:

Y, ¿el retrato y fiera?

CONDE:

Espera;
vengo Gaulín, a entender
que es esta hermosa mujer
mi bella adorada fiera;
porque haciendo reflexión,
de los sucesos pasados
en la memoria y notados
equivocos y canción,
y otras mil cosas, es ella.

GAULÍN:

Ésa es ignorancia clara,
porque no se te ocultara,
siendo una mujer tan bella.

CONDE:

Con fe de que la he querido,
sea o no sea.

GAULÍN:

Bien mirado,
tú estás muy enamorado,
pero muy mal avenido.
La fiera no es maravilla
querer; mas, ¿quién no se pasma
de que ames una fantasma,
buhu, lechuza, abubilla,
sin saber si es moza o vieja,
coja, tuerta, corcovada,
flaca, gorda, endemoniada,

azafranada o bermeja?
por Dios, que es un desaliño
de los más lindos que vi.

CONDE:

Yo adoro, Gaulín, allí
un espíritu divino.

GAULÍN:

¡Espíritu! guarda fuera.

CONDE:

Un entendimiento claro,
un ingenio único y raro,
de quien mi fe verdadera
hoy se halla tan bien pagada,
que aprehende y con razón,
que es la mayor perfección
su hermosura imaginada;
igual al entendimiento
será toda, es evidencia.

GAULÍN:

Yo niego la consecuencia
y refuto el argumento,
pues jamás oí igual cosa,
ni es posible que se vea;
siempre la discreta es fea
y siempre es necia la hermosa.

CONDE:

Si de iguales perfecciones
consta la hermosura; ella
es la más discreta y bella.

GAULÍN:

Disparate, aunque perdones;
tú la miras con antojos
de hermosura.

CONDE:

El alma ve,
y el alma ha de hacer más fe
que el crédito de los ojos.

GAULIN:

¡Qué hayas dado en inocente!
Ya la noche se ha llegado;
yo me acojo a mi sagrado.

CONDE:
Parece que siento gente.

GAULÍN:
Es fuerza, que ha anochecido.
Yo temo que me han de dar
mil palos y he de pagar
por lo hablado, lo comido.

CONDE:
Calla, necio.

GAULÍN:
Ya me voy.
Adiós, ¡oh que miedo llevo!
hoy me ponen como nuevo.

Vase y sale ROSAURA

ROSAURA:
¿Conde?

CONDE:
¿Quién me llama?

ROSAURA:
Yo soy.
¿Cómo te hallas desde anoche?

CONDE:
Como quien libradas tiene,
en tu amor las esperanzas
de su vida o de su muerte;
como quien vive de amarte,
como quien sin verte muere,
y entre la gloria y la pena
el bien goza, el mal padece.
Pues si nada de esto ignoras,
pues si todo esto aprendes,
¿cómo a mis ojos te niegas?
¿has juzgado, --acaso-- alevos
las lealtades, los efectos

de mis verdades corteses?
que si es así, vives tú,
dueño amado, que me ofendes
en imaginarlo, aún más
que me obligas con quererme.

ROSAURA:

Conde, amigo, Señor, dueño,
aunque pudiera ofenderme
de tu poca fe, después,
de tan grandes y solemnes
juramentos, como has hecho,
de no hablar con esa leve
materia, ni procurar
de ninguna suerte verme
hasta que ocasión y tiempo
nuestras cosas dispusiesen,
préciome tanto la tuya;
¡oh Conde! y tanto me debes,
que disculpo lo curioso
de tu deseo impaciente,
con los achaques de amor,
que en ti flaquezas parecen.
A la fuerza de tus quejas,
he satisfecho mil veces
con decirte que soy tuya
y que presto podrás verme;
--o sea razón de estado,
o forzosos intereses
de mi voluntad, o sea
prueba de mi corta suerte--.
Hagan más crédito en ti
de amor las hidalgas leyes,
que el antojo de un sentido,
a quien no es justo deberle
crédito tal vez los cuatro.
Supuesto que engaña y miente;
los demás están despiertos,
y si ahora la vista duerme,
no quieras que por mi daño
y por el tuyo despierte.
Esto, Conde, importa ahora;
bien es que tu amor se esfuerce
en las dudas, que el valor
nunca en ellas desfallece.
Y porque veas que yo,

aún siendo forzosamente,
por mujer, más incapaz
de aliento, más flaca y débil;
fío más de tus verdades
y de la fe que me tienes,
que tú de mí te aseguras,
quiero revelarte, --advierte--
un secreto, confiada
en que indubitablemente
te volveré a mis caricias
victorioso, ufano, alegre.
Francia está en grande peligro,
el inglés cercada tiene
a París, del Rey, tu tío,
famosa corte eminente.
Ha sentido el Rey tu falta,
--como es justo--, pues no puede,
sin tu valor, gobernar
su desalentada gente.
Ésta, Conde, es ocasión
que dilación no consiente;
ve a favorecer tu patria,
haz que el enemigo tiemble,
que se sujeten sus bríos,
que su arrogancia se enfrene;
prueba es ésta de mi amor,
pues siendo el gozarte y verte
mi mayor dicha, procuro,
Partinuplés, que me dejes,
porque quiero más tu honor
que los propios intereses
de mi gusto; esto es amarte.
Al arma, pues, héroe fuerte;
ea, gallardo francés,
ea, príncipe valiente,
bizarro el escudo embraza,
saca el acero luciente,
da motivo a las historias
y a tu renombre laureles.
Al arma toca el honor;
la fama el ocio despierte,
el triunfo llame a las glorias
de tus claros descendientes;
pueda el valor más en ti
que de amor los accidentes;
desempeña belicoso

la obligación de quien eres;
porque yo te deba más
y porque el mundo celebre
mis finezas y tus bríos,
que unas triunfan y otras vencen.

CONDE:

(Entre el amor y el temor, Aparte
no sé lo que me sucede.)
Al fin, Señora, ¿que Francia
está en peligro eminente?

ROSAURA:

No hay duda, Conde; al remedio.

CONDE:

Si tú me animas, ¿qué teme
mi amor? Mas, ¿podré llegar
a tiempo, cuando tan breve
remedio pide el peligro?

ROSAURA:

Eso, Conde, es bien que dejes
a cargo de quien dispone
tus cosas; en ese puente
del río, que este castillo
foso de plata guarnece;
hallarás armas, caballo,
y quien te encamine y lleve
en breve espacio.

CONDE:

¿Que al fin
te he de dejar? ¡Lance fuerte!

ROSAURA:

Esto importa por ahora;
tiempo queda para verme,
si acaso mi amor te obliga.

CONDE:

Haz de mí lo que quisieres.

ROSAURA:

¿Sabes que me debes mucho?

CONDE:
Sé que he de pagarte siempre.

ROSAURA:
¿Sabes que el alma me llevas?

CONDE:
Sé que he de morir sin verte.

ROSAURA:
¿Serás mío?

CONDE:
Soy tu esclavo.

ROSAURA:
¿Serás firme?

CONDE:
Eternamente.

ROSAURA:
¿Olvidarásme?

CONDE:
Jamás.

ROSAURA:
¿Volverás con gusto?

CONDE:
Advierte
que sin tí, no quiero vida.

ROSAURA:
Pues, adiós.

Vase

CONDE:
Adiós. Si excede
la obligación al amor,
en mi ejemplo puede verse;
pues hoy, porque mi honor viva,
me solicitó la muerte.

Vase

CONDE:
¿Qué dices?

GAULÍN:
Digo que oí
lo que te he dicho.

CONDE:
No sé;
¿Constantinopla?

GAULÍN:
Eso fue.

CONDE:
¿Que es Constantinopla?

GAULÍN:
Sí.

CONDE:
¿Tú, en fin, estás bien
hallado?

GAULÍN:
¿No he de estar, si duermo y como
sin pagarle al mayordomo
distribución ni cuidado?

CONDE:
De mis dichas participas.

GAULÍN:
Claro está y tener procuro
en mi estómago a Epicuro
y a Heliogábalo en mis tripas;
yo no sé por dónde viene,
quién lo guisa o quién lo da;
mas sé que en entrando acá
es bueno el sabor que tiene.
Guarde Dios cierta marquesa,
que no veo, sin embargo
que tomó muy a su cargo
las expensas de mi mesa

desde la noche que entramos;
pero, dejando esto aparte,
he querido preguntarte
mil veces, no sé si estamos
seguros de qué nos dio;
escucha a fuer de convento,
¿cómo te hallas?

CONDE:
Muy contento.

GAULÍN:
¿Viste ya la tal mujer?

CONDE:
No.

GAULÍN:
¿Qué dices?

CONDE:
Lo que te digo.

GAULÍN:
Pues, ¿por qué?

CONDE:
Porque no quiere.

GAULÍN:
¿Amante de miserere
te has hecho?

CONDE:
Mis dichas digo.

GAULÍN:
¿Y la quieres bien?

CONDE:
La adoro.

GAULÍN:
¿Sin verla, Señor?

CONDE:

Sin vella.

GAULÍN:
¿Y Lisbella?

CONDE:
No hay Lisbella;
perdóneme su decoro.

GAULÍN:
Y, ¿el retrato y fiera?

CONDE:
Espera;
vengo Gaulín, a entender
que es esta hermosa mujer
mi bella adorada fiera;
porque haciendo reflexión,
de los sucesos pasados
en la memoria y notados
equivocos y canción,
y otras mil cosas, es ella.

GAULÍN:
Ésa es ignorancia clara,
porque no se te ocultara,
siendo una mujer tan bella.

CONDE:
Con fe de que la he querido,
sea o no sea.

GAULÍN:
Bien mirado,
tú estás muy enamorado,
pero muy mal avenido.
La fiera no es maravilla
querer; mas, ¿quién no se pasma
de que ames una fantasma,
buhu, lechuza, abubilla,
sin saber si es moza o vieja,
coja, tuerta, corcovada,
flaca, gorda, endemoniada,
azafranada o bermeja?
por Dios, que es un desaliño
de los más lindos que vi.

CONDE:

Yo adoro, Gaulín, allí
un espíritu divino.

GAULÍN:

¡Espíritu! guarda fuera.

CONDE:

Un entendimiento claro,
un ingenio único y raro,
de quien mi fe verdadera
hoy se halla tan bien pagada,
que aprehende y con razón,
que es la mayor perfección
su hermosura imaginada;
igual al entendimiento
será toda, es evidencia.

GAULÍN:

Yo niego la consecuencia
y refuto el argumento,
pues jamás oí igual cosa,
ni es posible que se vea;
siempre la discreta es fea
y siempre es necia la hermosa.

CONDE:

Si de iguales perfecciones
consta la hermosura; ella
es la más discreta y bella.

GAULÍN:

Disparate, aunque perdones;
tú la miras con antojos
de hermosura.

CONDE:

El alma ve,
y el alma ha de hacer más fe
que el crédito de los ojos.

GAULÍN:

¡Qué hayas dado en inocente!
Ya la noche se ha llegado;
yo me acojo a mi sagrado.

CONDE:

Parece que siento gente.

GAULÍN:

Es fuerza, que ha anochecido.
Yo temo que me han de dar
mil palos y he de pagar
por lo hablado, lo comido.

CONDE:

Calla, necio.

GAULÍN:

Ya me voy.
Adiós, ¡oh que miedo llevo!
hoy me ponen como nuevo.

Vase y sale ROSAURA

ROSAURA:

¿Conde?

CONDE:

¿Quién me llama?

ROSAURA:

Yo soy.
¿Cómo te hallas desde anoche?

CONDE:

Como quien libradas tiene,
en tu amor las esperanzas
de su vida o de su muerte;
como quien vive de amarte,
como quien sin verte muere,
y entre la gloria y la pena
el bien goza, el mal padece.
Pues si nada de esto ignoras,
pues si todo esto aprendes,
¿cómo a mis ojos te niegas?
¿has juzgado, --acaso-- alevés
las lealtades, los efectos
de mis verdades corteses?
que si es así, vives tú,
dueño amado, que me ofendes

en imaginarlo, aún más
que me obligas con quererme.

ROSAURA:

Conde, amigo, Señor, dueño,
aunque pudiera ofenderme
de tu poca fe, después,
de tan grandes y solemnes
juramentos, como has hecho,
de no hablar con esa leve
materia, ni procurar
de ninguna suerte verme
hasta que ocasión y tiempo
nuestras cosas dispusiesen,
préciome tanto la tuya;
¡oh Conde! y tanto me debes,
que disculpo lo curioso
de tu deseo impaciente,
con los achaques de amor,
que en ti flaquezas parecen.
A la fuerza de tus quejas,
he satisfecho mil veces
con decirte que soy tuya
y que presto podrás verme;
--o sea razón de estado,
o forzosos intereses
de mi voluntad, o sea
prueba de mi corta suerte--.
Hagan más crédito en ti
de amor las hidalgas leyes,
que el antojo de un sentido,
a quien no es justo deberle
crédito tal vez los cuatro.
Supuesto que engaña y miente;
los demás están despiertos,
y si ahora la vista duerme,
no quieras que por mi daño
y por el tuyo despierte.
Esto, Conde, importa ahora;
bien es que tu amor se esfuerce
en las dudas, que el valor
nunca en ellas desfallece.
Y porque veas que yo,
aún siendo forzosamente,
por mujer, más incapaz
de aliento, más flaca y débil;

fío más de tus verdades
y de la fe que me tienes,
que tú de mí te aseguras,
quiero revelarte, --advierte--
un secreto, confiada
en que indubitablemente
te volveré a mis caricias
victorioso, ufano, alegre.
Francia está en grande peligro,
el inglés cercada tiene
a París, del Rey, tu tío,
famosa corte eminente.
Ha sentido el Rey tu falta,
--como es justo--, pues no puede,
sin tu valor, gobernar
su desalentada gente.
Ésta, Conde, es ocasión
que dilación no consiente;
ve a favorecer tu patria,
haz que el enemigo tiemble,
que se sujeten sus bríos,
que su arrogancia se enfrene;
prueba es ésta de mi amor,
pues siendo el gozarte y verte
mi mayor dicha, procuro,
Partinuplés, que me dejes,
porque quiero más tu honor
que los propios intereses
de mi gusto; esto es amarte.
Al arma, pues, héroe fuerte;
ea, gallardo francés,
ea, príncipe valiente,
bizarro el escudo embraza,
saca el acero luciente,
da motivo a las historias
y a tu renombre laureles.
Al arma toca el honor;
la fama el ocio despierte,
el triunfo llame a las glorias
de tus claros descendientes;
pueda el valor más en ti
que de amor los accidentes;
desempeña belicoso
la obligación de quien eres;
porque yo te deba más
y porque el mundo celebre

mis finezas y tus bríos,
que unas triunfan y otras vencen.

CONDE:

(Entre el amor y el temor, Aparte
no sé lo que me sucede.)

Al fin, Señora, ¿que Francia
está en peligro eminente?

ROSAURA:

No hay duda, Conde; al remedio.

CONDE:

Si tú me animas, ¿qué teme
mi amor? Mas, ¿podré llegar
a tiempo, cuando tan breve
remedio pide el peligro?

ROSAURA:

Eso, Conde, es bien que dejes
a cargo de quien dispone
tus cosas; en ese puente
del río, que este castillo
foso de plata guarnece;
hallarás armas, caballo,
y quien te encamine y lleve
en breve espacio.

CONDE:

¿Que al fin
te he de dejar? ¡Lance fuerte!

ROSAURA:

Esto importa por ahora;
tiempo queda para verme,
si acaso mi amor te obliga.

CONDE:

Haz de mí lo que quisieres.

ROSAURA:

¿Sabes que me debes mucho?

CONDE:

Sé que he de pagarte siempre.

ROSAURA:
¿Sabes que el alma me llevas?

CONDE:
Sé que he de morir sin verte.

ROSAURA:
¿Serás mío?

CONDE:
Soy tu esclavo.

ROSAURA:
¿Serás firme?

CONDE:
Eternamente.

ROSAURA:
¿Olvidarásme?

CONDE:
Jamás.

ROSAURA:
¿Volverás con gusto?

CONDE:
Advierte
que sin tí, no quiero vida.

ROSAURA:
Pues, adiós.

Vase

CONDE:
Adiós. Si excede
la obligación al amor,
en mi ejemplo puede verse;
pues hoy, porque mi honor viva,
me solicitó la muerte.

Vase

JORNADA TERCERA

Sale el CONDE y GAULÍN diciendo dentro

GAULÍN:

Para, para, tente, espera,
Pegaso o Belerofonte
del infierno. Vive Dios,

Sale

que temí que de este golpe,
dábamos en el profundo.
Lástima es que se malogre
aquel triunfo, con volvernos
tan presto a ser motilones
de este convento de amor,
donde servimos a escote
por la comida.

CONDE:

¡Ay Gaulín!

GAULÍN:

No te quejes, no provoques
el cielo; pues tú lo quieres.

CONDE:

Está mi gusto tan dócil,
tan sujeto, tan rendido
a esta mujer, no lo ignores,
que aunque ella no lo trujera,
como ves, yo hiciera entonces
alas de mi pensamiento,
y viniera a sus prisiones
satisfecho y obediente.

GAULÍN:

No sé qué hermitaño monje
pueda amar la reclusión
como tú; guarda no obre
mi relación, pues Lisbella
sabe los tales amores
y queda hecha un basilisco.

No sé cómo te dispones
a olvidarte de tu prima.

CONDE:

Ya, Gaulín, no me la nombres;
por este imposible muero.

GAULÍN:

Quiera Dios que no le llores
con ambos ojos después.
¡Qué necios somos los hombres!
Con una sola engañifa,
con una lágrima, un voyme
que nos hace una mujer,
--¡oh quién las matara a coces
a todas!-- nos despeñamos;
no hay razón que nos reporte,
cera se hace el que es diamante,
y el que es de acero, cerote.
¡Oh cual quedaría Lisbella,
--Válgame Señor San Cosme--
viendo nuestra fuga!

CONDE:

¿Qué hay?

GAULÍN:

¡Notables resoluciones!
Ya estás en tu propia esfera.

CONDE:

Bien la suerte lo dispone,
pues llego al anochecer
al castillo.

GAULÍN:

Señor, ¿oyes?
algo tienen de Noruega
estos oscuros amores;
pues de la luz de tus días,
no gozas más de las noches.

CONDE:

¡Quién saliera de estas dudas!
Ciega tengo de pasiones
el alma y lleno el sentido

de penas.

GAULÍN:

Pues ya es de noche;
¿cómo el ángel de tinieblas
no sale a hacerte favores?
que ya sabrá que has venido.
Mas escucha, pasos se oyen
en esta cuadra, chitón;
pongo a los labios seis broches.

Sale ROSAURA

ROSAURA:

¿Conde, mi Señor?

CONDE:

¿Mi dueño?

ROSAURA:

Dame tus brazos.

Abrázanse

CONDE:

Prisiones
dulces y dichoso yo.

ROSAURA:

Hoy, de mi jardín las flores,
vi alegres más que otras veces,
y dije, "Bien se conoce
mi dicha, pues que mostráis
tan vivos vuestros colores
dando al Conde bienvenidas."
Luego, en los ramos de un roble
alternaba un ruiseñor
celos, dulzuras y amores;
y dije, oyendo su canto,
"¡Qué bien das en tus canciones
la bienvenida a mis dichas!"
Oí el murmullo conforme
de una fuente que en cristal
desatadas perlas corre,
y viéndola tan risueña,
dije, "Bien se reconoce

que anuncias en tu alegría
de mis dichas los favores,
pues tan ufana te ríes
y tan linsojera corres."
No fue engaño del deseo,
pues quiere el cielo que goce
la mayor gloria, que es verte.
¿Cómo te has hallado?

CONDE:

Oye:

como sin el sol el día,
como sin luces la noche,
como sin fulgor la aurora,
triste, tenebrosa y torpe.
Tú, ¿cómo has estado?

ROSAURA:

Escucha:

como sin lluvia las flores,
como sin flores los prados,
como sin verdor los montes,
suspensa, afligida y triste.

GAULÍN:

¡Qué gastan de hiperbatones!
Infeliz lacayo soy,
pues he prevenido el orden
de la falsa, no teniendo
dama a quien decirle amores.
Descuidóse la poeta.
Ustedes se lo perdonen.

ROSAURA:

Siéntate y dime el suceso
de tu victoria.

GAULÍN:

¿Es de bronce
mi amo?

Siéntanse en unas almohadas de estrado

CONDE:

Oye pues.

ROSAURA:

Ya escucho.

Sorda estés, Dios me perdone.

CONDE: Partimos, como ordenaste,

yo y Gaulín en dos veloces

hipogrifos, si no fueron

dos vivas exhalaciones.

A París hallé cercada

de enemigos escuadrones,

alegres porque la miran

sin resistencia que importe;

porque mi tío, aunque hacía,

ya con ruegos, ya con voces,

oficio de general,

poniendo su gente en orden,

sin valor ni resistencia

se hallaban sus años nobles,

por tantas causas rendidos

del tiempo a las invasiones.

Rompí del campo enemigo

la fuerza y tomando el nombre

del ejército francés,

procuro que su desorden

se reduzca a mi valor,

pudiendo en sus corazones

tanto mi valiente afecto,

que en tres horas vencedores

nos vimos de la arrogancia

de los escoceses y bretones.

Llegó mi tío y Lisbella,

y viéndome, --no te enojés--

él contento, ella admirada

de verme... atiende... --¡durmiose!--

Digo, pues; ¿oyes, Señora?...

¡qué ocasión, Gaulín!

GAULÍN:

Pues, Conde,

no la pierdas, que es locura.

CONDE:

Por salir de confusiones

vive Dios, que a tener luz,

intentara, aunque se enoje,

saber... ah, Señora, ¿duermes?

GAULÍN:

¿A qué aguardas? ¿a que ronque?
¿es bodegonera acaso?
en aquellos corredores
se determina una luz;
¿voy por ella?

CONDE:

Sí, no; ¿oyes?
vuela; mas no.

Levántase

GAULÍN:

Acaba ya;
¿no es mujer y tú eres hombre?
¿te ha de matar?

CONDE:

Dices bien;
ve por ella.

GAULÍN:

Resolvióse;
salgamos de esta quimera.

Vase

CONDE:

¡Gran yerro intento, pasiones!
a mucho obliga un deseo
si tras un engaño corre;
¿es posible que yo, --¡Cielos!--
falte a mis obligaciones
por lisonjear mi gusto?

Sale GAULÍN con una vela encendida

GAULÍN:

Ésta es la luz.

CONDE:

Acabóse;
en esta curiosidad
sé que mi muerte se esconde;

mas ya, estoy en la ocasión;
de esta vez mi fe se rompe...
Dame esa bujía.

GAULÍN:
Toma.

CONDE:
Venzamos, amor, temores.
¡Válgame Dios, qué belleza
tan perfeta y tan conforme!
Excediose todo el cielo,
extremando los primores
de naturaleza en ella.
¿No ves la fiera del bosque,
Gaulín?

GAULÍN:
Admirado estoy;
¡qué divinas perfecciones!

CONDE:
Bella esfinge, aún más incierta
después de verte, es mi vida;
a espacio matas dormida,
aprisa vences despierta.
Confusa el alma concierta
sus daños anticipados;
que si males ignorados
un sol el pasado advierte,
ya para anunciar mi muerte
dos soles miro eclipsados.
Hermosísimo diseño
del soberano poder,
¿de qué te ha servido hacer
en negarte tanto empeño?
¡Oh, bien haya, amén, el sueño,
que suspendió tus cuidados!
Engaños son excusados;
que arguye malicia clara,
querer esconder la cara,
si matas a ojos cerrados.

ROSAURA:
Prosigue, Conde, prosigue...

Medio dormida

¡Ay Dios! ¿Qué es esto? Engañome
tu traición. ¿Qué has hecho, ingrato?

Levántase

GAULÍN:
Hija en casa y malas noches
tenemos.

ROSAURA:
Mal caballero,
¿conmigo trato tan doble?
Falso, aleve, fementido,
de humildes obligaciones;
¿qué atrevimiento esforzó
tu maldad a tan disforme
agravio, engañoso, fácil?

Sale ALDORA

ALDORA:
¿Qué tienes? ¿por qué das voces,
Rosaura hermosa? ¿qué es esto?

ROSAURA:
Aldora, a ese bárbaro hombre
haz despeñar, por ingrato,
traidor, engañoso enorme.
Muera el Conde; esto ha de ser,
aunque a pedazos destroce
el corazón que le adora,
con puros afectos nobles.
Esta es forzosa venganza,
aunque la pena me ahogue;
porque ya sin duda advierto,
pues malogré mis favores,
que del vaticinio infausto
es dueño el aleve Conde.
Muera antes que lo padezca
mi imperio; desde esa torre
hazle despeñar al valle;
pues ofendió con traiciones
tanto amor.

ALDORA:
¡Ofensa grave!
Es francés, no es bien te asombre;
que jamás guardan palabra.

CONDE:
Oye.

ROSAURA:
No hay satisfacciones
a tal traición, a tal yerro.

GAULÍN:
Por Dios, que tú la reportes,
Señora.

ROSAURA:
¿También tú hablas,
criado vil?

GAULÍN:
Sabañones;
¡mal haya mi lengua, amén!

CONDE:
Ya que el castigo dispones,
advierte...

ROSAURA:
¿Qué he de advertir?

CONDE:
Amor...

ROSAURA:
¿Qué satisfacciones?

CONDE:
Acuérdate...

ROSAURA:
No hables más.

CONDE:
De los dichosos favores...

ROSAURA:

¡Oh atrevido! Presto, Aldora;
que con sus mismas razones
está incitando mis iras
para que venganza tomen.
Quítale ya de mis ojos;
acaba o daré mil voces
a los de mi guarda; ¡hola!

GAULÍN:

Sancti Petri, ora pro nobis.

ALDORA:

Ven, Conde, conmigo presto.

CONDE:

Ea, desdichas, de golpe
me despeñad, porque fui
del carro del sol, Faetonte.

*Vanse, salen al son de cajas y clarines LISBELLA
con espada, sombrero de plumas y soldados*

LISBELLA:

Ya es fuerza, heroicos soldados,
ya es tiempo, vasallos míos
que pruebe Constantinopla
vuestros esfuerzos altivos;
y que en su arenosa playa,
--a quien llaman los antiguos
Nigroponto--, echen sus anclas
nuestros valientes navios.
Esa voluble montaña,
esa campaña de pinos,
esa escuadra de gigantes,
ese biforme prodigio,
que se rige con las cuerdas
y gobierna con el lino,
quede surto en las espumas
de ese margen cristalino.
Supuesto que sabéis todos
o la causa o el designio
que, alentando a mi esperanza,
da a mi jornada motivo,
no ha de saltar nadie en tierra;
que a ninguno le permito

que me sirva o acompañe;
solos Favio y Ludovico
me asistirán, porque sean
de mis alientos testigos;
y verá Constantinopla,
y verá el mundo que imito
a Semíramis, armada
de ardimientos vengativos;
y verá también Rosaura,
cómo valerosa aspiro
a destruir sus imperios
si no me entrega a mi primo.
Ea pues, vasallos nobles,
puesto que, muerto mi tío,
soy vuestra reina, mostrad
de vuestro acero los filos;
pues si no me entrega al Conde
vuestro rey, vuestro caudillo,
¡vive Dios!, que en la experiencia
ha de hallar mal prevenidos
mis enojos y sus daños,
mis celos y sus delirios,
mi rigor y sus pesares,
mis iras y sus delitos.

UNO:
Todos te obedecerán.

OTRO:
Todos morirán contigo.

LISBELLA:
Pues vamos a prevenir
mi venganza o mi castigo;
rayo ardiente desatado,
de cuyos oscuros giros,
primero el rigor se siente
que se previene el ruido.

Vanse y salen GAULÍN y el CONDE medio desnudo

GAULÍN:
Mira, Señor, que es locura
estimar la vida en poco.

CONDE:

Claro está, Gaulín, que es loco
quien perdió tal hermosura.

GAULÍN:

Si ella te quisiera bien,
no era fineza en rigor;
que en lo que verás de amor
más te engañó.

CONDE:

Dices bien.

GAULÍN:

Alégrate, pese a tal,
que a tu vida es de importancia;
mira que te espera en Francia
tu Lisbella.

CONDE:

Dices mal.

GAULÍN:

¡Con qué rabia y qué desdén,
la tal Rosaura, mandó
matarte, y cómo mostró
que era falsa!

CONDE:

Dices bien.

GAULÍN:

No des tan flaca señal
de tu amorosa querella;
apela para Lisbella,
que es muy bella.

CONDE:

Dices mal;
villano, infame, atrevido,
tú tienes la culpa, tú.

Va trás él

GAULÍN:

¡Oh fiera de Bercebú,
nunca tú hubieras nacido!

¡Ah Señor, Señor por vida
de Rosaura, no me des!

CONDE:

Pierda yo la vida, pues
hallé la ocasión perdida.
¡Muerto estoy!

GAULÍN:

¿Que vivo estás?

CONDE:

¡Vivo yo! ¡qué vano intento!
Yo no toco, yo no siento.
Llégate, llégate más.

GAULÍN:

Aquí estoy bien.

CONDE:

¿Dónde está
mi vida?

GAULÍN:

Gentil historia:
en tí mismo.

CONDE:

¿Y mi memoria?

GAULÍN:

Tu Rosaura, de ella sabrá.

CONDE:

¡Ay dulce amorosa llama!
¡qué me abraso, que me hielo!
¡Socorro, socorro, cielo!

*Sale ALDORA, en una apariencia, en que se
subirán con ella los dos al fin del paso*

ALDORA:

¿Conde? ¡ah, Conde!

CONDE:

¿Quién me llama?

ALDORA:
Yo soy.

GAULÍN:
Tramoya tenemos;
esto es hecho.

CONDE:
¿Oíste hablar?

En el aire, sin verse

ALDORA:
¿Conde?

GAULÍN:
Prisa en condear,
¿dónde nos esconderemos?
Señores, aquí es mi hora;
temblando de miedo estoy.

Ábrese la tramoya

ALDORA:
¿Conde?

CONDE:
¿Quién eres?

ALDORA:
Yo soy,
la que te protege, Aldora.

Baja al tablado

CONDE:
Hermosísima Señora,
precursora de aquel sol,
de aquel oriente arrebol,
lucero de aquella aurora,
¿es posible que te veo?

ALDORA:
Di, ¿cómo estás de esa suerte?

CONDE:

Quien desea hallar su muerte,
no hace en las galas empleo.
Mas dime, ¿qué novedad
de esta suerte te ha traído?

ALDORA:

Buscar tu dicha.

CONDE:

Yo he sido
dichoso, si eso es verdad.

ALDORA:

Tú has de sustentar por mí
un torneo.

CONDE:

Justo empleo,
cuando servirte deseo.

ALDORA:

Carteles puse, por ti,
de que un príncipe encubierto,
sustenta que de Rosaura,
él sólo la mano aguarda.

CONDE:

Ya tu pensamiento advierto.

ALDORA:

Diciendo que en calidad,
en valor y en bizarría,
y en puesto la merecía.

CONDE:

Ése soy yo.

ALDORA:

Así es verdad;
el reino se alborotó,
y Rosaura en tus ardores,
a los tres sus pretendores,
a salir les obligó
a la defensa, fiada
de mí, sospechosa que

de su rigor te libré;
y aún hasta ahora engañada.
El tiempo se cumple ya
del cartel, mas no me espanto,
pues de mi ciencia el encanto
la jornada abreviará.

CONDE:
¿Ella está ya arrepentida?
¿qué dice?

ALDORA:
Lo que has oído;
sólo a llevarte, he venido.

CONDE:
Di mejor, a darme vida.

ALDORA:
Vente conmigo, si quieres.

CONDE:
Dichoso mil veces soy.

GAULÍN:
Más loco que el Conde estoy;
demonios son las mujeres.

ALDORA:
En tu esfuerzo, la sentencia
se libra.

CONDE:
Su gusto sigo.

ALDORA:
Pues vente, Conde, conmigo.

Pónense con ella los dos

GAULÍN:
Diablo eres, en mi conciencia.

Van subiendo los dos en la tramoya y ALDORA con ellos

Fuera de abajo, que sube;

y aunque tan espacio y quedo,
puede ser, que con mi miedo,
vapor granice la nube.

*Escóndese la tramoya y sale un VIEJO y
GUILLERMO con la valla y martillo*

VIEJO:

A esta hermosa batalla
hoy amor, ha de dar fin;
poned, Guillermo Guarín,
hacia esta parte la valla.

GUILLERMO:

Aquí estará bien.

VIEJO:

Enfrente
está del real balcón.

GUILLERMO:

En no haciendo colación,
no trabaja bien la gente.

Ponen la valla

VIEJO:

Después beberás, Guillermo.

GUILLERMO:

Mejor fuera ahora.

VIEJO:

Acaba.

GUILLERMO:

Nuestro amo, tengo sed brava.
Mas vale cuero que enfermo;
ya está puesta deste lado.

VIEJO:

Dame, pues, acá el martillo.

GUILLERMO:

Hoy, dos azumbres me pillo,
a cuenta de lo ganado.

VIEJO:
¿Quién es el mantenedor?

GUILLERMO:
Sólo dicen los carteles
que sustenta a tres crüeles
botes de lanza.

VIEJO:
¡Qué error!

GUILLERMO:
Y a cinco golpes de espada;
que en valor y en calidad,
merece la majestad
de la princesa.

VIEJO:
No es nada.
Ea, ¿está fuerte?

GUILLERMO:
Ya está
como ha de estar.

VIEJO:
Pues venid;
el que ganare la lid,
buena moza llevará.

*Vanse y corren una cortina y descúbrese
ROSAURA sentada en un balcón con sus Damas y debajo unas
gradas donde estará sentado como juez EMILIO y tocan
chirimías, cajas y clarines*

ROSAURA;
¿Qué llegó, Celia, este
día?

CELIA:
Sí, Señora.

ROSAURA:
Triste vengo.

CELIA:

No haces bien, por vida tuya,
que alientes, Señora, el pecho.

ROSAURA:

¿Cómo es posible, ¡ay de mí!
si me falta en este empeño
mi prima Aldora? No sé
cual sea su pensamiento.

Tocan cajas y clarines

EMILIO:

Ya viene el mantenedor;
mas a caballo, ¿qué es esto?

ROSAURA:

¡Qué novedades son estas!
mujer es.

*Sale LISBELLA a caballo y hace señas con un
lienzo blanco*

EMILIO:

Y con extremo
hermosa.

ROSAURA:

Escuchad; que hace
seña de paz con el lienzo.

LISBELLA:

Reina de Constantinopla,
a quien hoy lo mas de Tracia
en tu imperio reconoce
por Señora soberana;
príncipes, duques y condes,
oid; con vosotros habla
una mujer sola, que
viene de razón armada;
y porque sepáis quien soy,
yo soy Lisbella de Francia,
hija soy de su delfín
y de Flor de Lis, hermana
de Enrico, su invicto rey;
heredera soy de Galia,

reino a quien los Pirineos
humillan las frentes altas.
Dueño soy de muchos reinos,
y soy Lisbella; que basta
para emprender valerosa
esta empresa, aunque tan ardua.
Yo he sabido, Emperatriz,
que usurpas, tienes y guardas
al conde Partinuplés,
mi primo y que con él tratas
casarte, no por los justos
medios, sino por las falsas
ilusiones de un encanto;
y deslustrando la fama,
le tiranizas y escondes,
le rindes, prendes y guardas,
contra tu real decoro.
Yo, pues, que me halló obligada
a redimir de este agravio
la vejación o la infamia,
te pido que me le des,
no por estar ya tratadas
nuestras bodas; no le quiero
amante ya, que esta infamia
no es amor, que es conveniencia,
pues es forzoso que vaya
como legítimo rey,
supuesto que murió en Francia
mi tío, de cuya muerte,
quizá fue su ausencia causa,
y es el Conde su heredero.
Esto, emperatriz Rosaura,
vengo a decirte y también
que dejó una gruesa armada
en ese puerto que está
a vista de las murallas
de tu corte; y si me niegas
a mi primo, provocada,
no he de dejar en tus reinos
ciudad, castillo ni casa
que no atropelle y destruya;
porque, ya precipitada,
sin poderme resistir,
seré furia, incendio, brasa,
terror, estrago, ruína
de tu nombre, de tu fama,

de tu amor, de tu grandeza,
de tu gloria y de tu patria.

Sale ALDORA y pónese al lado de ROSAURA

ALDORA:
¿Esto es verdad o afición?

EMILIO:
¡Oh qué francesa arrogancia!

ROSAURA:
Tú seas muy bien venida.
Ya culpaba tu tardanza;
¿has oído el reto, Aldora?

ALDORA:
Habla como apasionada.

ROSAURA:
Pues prima, ¿qué te parece?

ALDORA:
Fuerza es que la satisfagas.

ROSAURA:
Vuestra alteza, gran Señora,
debajo de mi palabra,
llegue de paz.

Apéase LISBELLA y vaya por el palenque de los que tornean

LISBELLA:
Voy de paz.

ROSAURA:
¡Ay Aldora, que desgracia!
Seas Lisbella, bien venida;
oye mis verdades.

LISBELLA:
Habla.

ROSAURA:
Vuestra alteza, gran Señora,

viene ciega y engañada;
mal informada, me culpa;
mal advertida, me ultraja,
mi casto crédito ofende,
mi noble decoro agravia;
y porque de lo que digo
quede más asegurada,
hoy de mis bodas será
testigo, si quiere honrarlas,
pues es fuerza que me case
en Polonia, Transilvania,
o Escocia.

LISBELLA:
¿De qué manera?

ROSAURA:
Un torneo es quien señala
o decide la elección
de su efecto.

LISBELLA:
(¡Que engañada Aparte
de Gaulín, viniese a hacer
una acción tan temeraria!)
Digo que quiero asistir
a tus bodas, obligada
a disculpa tan cortés,
y satisfacción tan clara.

Tocan y callen luego

EMILIO:
Los instrumentos publican
que viene un aventurero.

*Tocan y entra ROBERTO da la letra y lee
ALDORA*

ALDORA:
"Si el cielo sustento, en vano
temeré mudanza alguna
del tiempo ni la fortuna."

*Tornean y después entra EDUARDO y hace lo
mismo y lee ALDORA*

mientras echan las celadas

"No tiene el mundo laurel
para coronar mis sienes,
dulce amor, si dicha tienes."

Tocan y entra FEDERICO y hace lo mismo que los demás

ROSAURA:

Ni tengo elección, ni tengo
sentido con que juzgar,
porque me falta el aliento.

EMILIO:

Toma la letra, Señora.

ALDORA:

Venga, dice así el concepto:
"Del mismo sol a los rayos,
águila o Ícaro nuevo,
hoy a penetrar me atrevo."

Tornean y dice EMILIO

EMILIO:

El mantenedor merece
la Emperatriz y el imperio.

Alzan las celadas y dicen

ROBERTO:

¿Cómo, cuando no se sabe
quién es este caballero,
y es traición no habernos dado
cuenta a los aventureros?

ALDORA:

Hable, Señora, tu alteza.

ROSAURA:

La condición del torneo
fue, que al que venciese en él,
como fuese igual sugeto,
el premio gozase.

FEDERICO:

Yo
lo remitiré al acero.

EDUARDO:
Todos haremos lo mismo.

ROSAURA:
Decid quién sois, caballero;
hablad ya, pues es preciso.

Descubre la celada

CONDE:
Soy el Conde.

ROSAURA:
Amor, ¿qué es esto?

Bajan al tablado las damas

LISBELLA:
Conde, mi primo y Señor,
mira que te espera un reino.

CONDE:
Gózale, Lisbella, hermana;
que sin Rosaura, no quiero
bien ninguno.

ROSAURA:
Yo soy tuya.

CONDE:
Prima, aquí no hay remedio;
Francia y Roberto son tuyos,
¿qué respondes?

LISBELLA:
Que obedezco.

ROBERTO:
Soy tu esclavo.

EDUARDO:
Y yo, Aldora
..... [-e-o].

ALDORA:
Tuya es mi mano.

ROBERTO:
Si quieres,
Federico, serás dueño
de mi hermana Rocisunda.

FEDERICO:
Yo seré dichoso.

GAULÍN:
Bueno,
todos y todas se casan;
sólo a Gaulín, --¡Santos
Cielos!--,
le ha faltado una mujer,
o una sierpe, que es lo mismo.

CONDE:
No te faltará, Gaulín.

GAULÍN:
Cuando hay tantas, yo lo creo;
mayor dicha es que me falte.

TODOS:
Y aquí, senado discreto,
El conde Partinuplés
da fin; pedonad sus yerros.

FIN DE LA COMEDIA